

Ortega, Fernando

La teología teologal : una experiencia de libertad

V Jornadas Diálogos: Literatura, Estética y Teología, 2013
Facultad de Filosofía y Letras - UCA

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Ortega, Fernando. "La teología teologal : una experiencia de libertad" [en línea]. Jornadas Diálogos : Literatura, Estética y Teología. La libertad del Espíritu, V, 17-19 septiembre 2013. Universidad Católica Argentina. Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires. Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/teologia-teologal-experiencia-libertad.pdf> [Fecha de consulta:]

La teología teologal: una experiencia de libertad

La invitación que me hiciera la Dra. Avenatti de Palumbo para pronunciar unas palabras introductorias en estas nuevas Jornadas de diálogo Literatura, Estética y Teología, incluyó la sugerencia de compartir con ustedes algo de mi experiencia personal en el ejercicio de la teología. Aceptada la propuesta, luego de algunas vacilaciones, me propongo honrarla expresando, muy brevemente, lo que me parece esencial en dicha experiencia, a saber, el intento –y sólo el intento– de aproximarme al misterio de Dios con un pensamiento no sólo teológico sino también *teologal*. Al presentar esta temática no creo distanciarme de aquella que nos convoca en estas Jornadas, porque veo perfilarse, en esa teología teologal, un horizonte fecundo para el diálogo libre, amistoso, fraterno, entre la teología, la mística, la Biblia, las artes y la hermenéutica. Al menos esa ha sido y es aún mi experiencia: una experiencia creativa de libertad pensante, vivida y madurada en el ejercicio del diálogo interdisciplinar.

¿Qué entiendo por teología teologal? Se trata de una *actitud* que posibilita un *estilo* de pensamiento creyente, el que se cultiva en la *admiración*: admiración ante el exceso, ante el fondo sin fondo del misterio divino, donde resplandece oscuramente la figura más que adorable de un Dios siempre mayor, de un Dios cuya ternura es siempre mayor, la ternura de Aquel que nunca quiso ser Dios sin el hombre, que nunca quiso ser Dios sin ser hombre. El Dios de la divina ternura es el Dios bíblico, el Dios de Jesús, el Dios-Alianza insuperable e inaferrable en donde Dios es “más que Dios”, porque se supera a sí mismo al introducir al hombre –no sólo creatura, sino además creatura herida y alienada por el pecado– en su intimidad trinitaria, y donde el hombre es “más que hombre”, porque recreado ya desde ahora, en este mundo y en esta historia, se le da, gratuitamente, el ser-con-Dios. El Concilio Vaticano II afirma todo esto en una hermosa formulación: “Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación” (*Gaudium et Spes* n.22). Esta idea es semejante a esta otra, de Hans Urs von Balthasar: “Cuando Dios se hace hombre, el hombre se convierte, en cuanto tal, en expresión, en traducción válida y auténtica del misterio divino... Al revelar Dios su rostro divino al hombre, ha revelado también a éste su propio rostro humano”¹. Diría que toda mi búsqueda, toda mi aspiración teológico-teologal se nutre y se inspira en la hermenéutica de estos textos.

En una teología de estilo teologal, no interesa tanto la racionalidad de la construcción teológica, que ciertamente no se descuida, sino que lo que interesa realmente es que, a través de esa teología, a través de sus palabras, necesariamente humanas, pase –en pascua continua que transforma esas palabras en flechas– lo descendente, la Belleza misma de Dios que Él nos comunica en Cristo y el Espíritu, Belleza que nos atrae suave pero irresistiblemente a través de la fe, la esperanza y la caridad. Es entonces

¹ HANS URS VON BALTHASAR, *Verbum caro*, Encuentro 2001, 78.

una teología “icónica”, que se nutre en la contemplación y que intenta pensar admirativamente eso que contempla, a saber:

- lo Eterno en el tiempo
- lo Infinito en lo finito,
- lo Invisible en lo visible,
- el Silencio en el sonido,
- el Espíritu en la letra,
- lo Divino en lo humano
- la Vida en la muerte...

Subrayo la preposición “en”, porque en ella se esconde la clave de lo icónico. Quiero decir que el estilo teologal de pensamiento no se hace partiendo de un preconcepto o idea preconcebida acerca de lo Infinito, lo Invisible, lo Inaudible o Dios, sino que se verifica como acontecimiento “en” lo concreto –concretísimo– de la experiencia de lo finito, lo visible, lo sonoro, lo humano: allí “nace” –inseparablemente de lo humano– la experiencia de Dios, sin que podamos decir de antemano en qué consiste esa experiencia o ese Dios. Pero la fe, luz de la noche, sabe –sin saberlo– que se trata de Él: “¡Es el Señor!” (Jn 21,7). Prioridad entonces de la “fides *qua*”, de la vida de la fe, del acontecimiento de la fe. Es por eso que, al valorar así la experiencia de la fe, este estilo teologal abre a la teología posibilidades de diálogo con la cultura más ricas y más libres –con la libertad del Espíritu– que aquellas que se entablan a partir de un mero discernir ausencias o presencias, en lo cultural, de los *contenidos* de la fe. La experiencia de la fe –y la consiguiente teología teologal– posee y plantea posibilidades de diálogo y de encuentro en espacios humanos donde no hay expresiones creyentes explícitas, y lo hace porque cree que Dios trabaja en el corazón humano de maneras impensadas, y porque entiende que el misterio de Dios trasciende toda representación posible. Si es Dios, y no un ídolo, no será nunca algo ya sabido, sino Alguien siempre nuevo, Alguien a descubrir de manera siempre renovada en todo acontecimiento, especialmente en el más simple, humilde y cotidiano.

Una teología que quiere vivir según esta pauta teologal, deberá concebirse a sí misma, en cuanto “fides *quae*” –es decir en sus contenidos– como un *camino*, un camino de ida y vuelta, tal como nos enseña el episodio evangélico de Cesarea de Filipo. A la pregunta que hace Jesús –“¿Para ustedes, quién soy yo?”– Pedro responde “Tú eres el Mesías”. Y Jesús lo aprueba. Pero cuando le dice que irá a Jerusalén para sufrir su Pasión y su muerte, Pedro lo reprende, y el Señor lo increpa, llamándolo Satanás, porque sus “pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres”. ¿Qué aprendemos de esta escena clave? Que cada vez que decimos *en la fe* algo acerca de Dios, eso que decimos volverá a nosotros, pero no tal como lo hemos dicho, sino transformado. Ese es el ritmo esencial de una teología teologal, la teología que anhela recibir libremente lo que viene de Dios –su Verdad– *en la misma* –y ahora ya *otra*– palabra que hemos usado para hablar de Él. Jesús es el Mesías, pero no como Pedro lo

quería y lo pensaba, sino como lo quiere y lo piensa Dios, y a ese Mesías *de Dios* – Mesías *kenótico* de un Dios *desarmado*, tan lejano y tan opuesto a nuestra congénita idolatría– a *ese* Mesías tenemos que aprender a amarlo, superando nuestra aversión y natural rechazo. Él mismo nos lo suplica como mendigo: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas?... ¿me quieres?” (Jn 21,15- 17). La teología teologal se vive y se hace en ese movimiento de ida y vuelta, esperando, en el silencio orante, paciente y humilde, el acontecimiento de la devolución –revelación– que Dios nos ofrece de Sí mismo *en* lo que decimos de Él. Entre ambos momentos –el ascendente y el descendente– ocurrirá libremente, en nuestro espíritu, una conversión *teologal* que nos dispondrá al amor fraterno: “¿me amas? Apacienta mis ovejas...” Podemos entender este dinamismo teologal desde el clásico camino de afirmación, negación y eminencia, conscientes de que la eminencia –la devolución que Dios hace de lo que afirmamos– no podrá aferrarse ni resolverse en un concepto, sino únicamente decirse –en tembloroso balbuceo– a través de nuestras palabras, en una formulación orante, amante, metafórica, poética, paradójal, y autoimplicativa: “Señor mío y Dios mío...Tú lo sabes todo, sabes que te quiero” (Jn 20,28; 21,17).

Se podría aproximar este itinerario al que establece la distinción balthasariana entre teología estética y estética teológica. La primera se asimila al momento afirmativo-ascendente en el cual, a partir de la belleza de lo creado, nos elevamos a la belleza del Creador. Ese camino, por cierto legítimo, exige, para ser teologal y así transitar hacia la estética teológica, sumergirse en la luminosa tiniebla de la fe: la *analogia entis* debe jugar dentro de la *analogia fidei*, desmesuradamente elevada. Entonces lo que llamamos belleza, hablando de Dios, no será lo bello según el ideal griego, sino la figura desfigurada del Sufriente en la Cruz: en él se revela “la suprema belleza, coronada de espinas y crucificada”, la Belleza del infinito e inquebrantable Amor compasivo de Dios por los hombres, ya que nunca resplandeció más intensamente ese Amor que allí donde Jesús dio total y libremente su Vida por nosotros. El tránsito de la teología estética a la estética teológica es un tránsito *kenótico* y *pascual* que implica nuestra conversión más profunda, a saber, la de soportar –en la confiada libertad de una fe desnuda y esperanzada– el quedarnos en la Nada, sin Dios –*nuestro* Dios muere– hasta que, en un Inesperado tercer día, resurja –en *Ese mismo* y en nosotros– el Dios *Otro*, que no sabemos cómo es, porque no sabemos qué es la Resurrección, su verdadero Nombre. Pero sí sabemos –y eso nos basta– que ella es el beso del Dios Amante que nos despierta a la Vida, liberándonos progresivamente de toda muerte.

Teresa de Jesús, Paul Ricoeur y Hans Urs von Balthasar lo supieron de manera ejemplar, y cada uno de ellos, con su genio específico, se consagró a vivirlo, a pensarlo y a decirlo, con sus escritos y con su vida entera. Que la participación en estas Jornadas nos ayude a percibir mejor, gracias a ellos, el batir de las alas del Espíritu que nos visita y nos convoca a la libertad.

Fernando Ortega - Septiembre 2013